

Baúl

La expedición de la vacuna

Pedro Siller Vázquez*

Muy pronto se cumplirán los 210 años de aquel 30 de noviembre de 1803 cuando partió del puerto de La Coruña, España, la corbeta María Pita en la que viajaban hacia América el médico Francisco Xavier Balmis y Berenguer con 22 niños cuyas edades fluctuaban entre los 3 y 9 años, quienes traerían en sus cuerpos la vacuna contra la viruela que asolaba entonces al Nuevo Mundo.

Y es que advertido por las noticias americanas del despoblamiento ocurrido por la viruela, en la Nueva España, los residentes hacían notar a la metrópoli la progresiva desaparición del mundo indígena. El despoblamiento en América fue un hecho que se registraba desde el inicio de la Colonia; de los 18 millones de habitantes con los que contaba México al inicio, para el año de 1600 se redujo a poco más de un millón. No fueron solamente las epidemias las culpables, sin duda que intervinieron las guerras y otros factores, pero el aspecto epidemiológico no puede desdeñarse.

El emperador español Carlos IV, quien por cierto había perdido a un hijo por ese mal, comenzó a interesarse en la enfermedad. Como resultado de la reticencia popular y de las autoridades menores, emitió el Real Edicto desde Madrid en 1803 que ordenaba la vacunación gratuita en América y la organización de juntas responsables de organizar a la población, pero sobre todo de convencerla de las bondades del procedimiento. Para ello ordenó la creación de la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna, destinada a propagar en el Nuevo Mundo este descubrimiento y tratar de paliar la pandemia que tomaba características alarmantes.



Francisco Xavier Balmis

Balmis, nacido en 1753 en Alicante, había pasado un tiempo como botánico en la Nueva España y tenía intenciones de regresar, estaba familiarizado con los avances sobre la vacuna y había traducido al español el *Tratado práctico de la vacunación* de Moreau de la Sarthe, así que sometió a consideración de la junta real de médicos una estrategia a partir de la inoculación “brazo a brazo” en la que un ser vivo es portador del fluido vacunal, el cual se extrae para depositarlo en otra persona. El nombre de “vacuna” procede de la observación del médico Edward Jenner, quien observó en 1796 que las muchachas que trabajaban en las granjas ordeñando vacas que habían padecido una enfermedad llamada vacuna (small pox) eran inmunes a la viruela.

Balmis solicitó la donación de niños para que fueran portadores de la vacuna, lo que le fue concedido. A ellos los acompañó todo el tiempo la enfermera Isabel Sendales y Gómez. El papel que jugaron los niños fue crucial para el éxito de la vacuna y la consecuente salvación de millones de seres en América. Para compensar su sufrimiento se les decía que si los primeros conquistadores habían traído con el cristianismo, el rescate de las almas americanas, ellos eran ahora los arcángeles del Nuevo Mundo encargados de la sanación de los cuerpos.

Previas escalas en Puerto Rico, Venezuela y Cuba, la expedición llegó a Veracruz el 24 de julio de 1804 y luego, el 9 de agosto, a la ciudad de México. Gracias a la labor de Balmis la vacunación se extendió a lugares tan alejados como Chihuahua, Texas y otras partes del Norte, pues una de las expediciones que salió de

Baúl

Veracruz marchó a las provincias internas a instancias del Comandante General asentado en Chihuahua y testigo de la catástrofe demográfica, el brigadier Nemesio Salcedo, quien por cierto conocía la obra de Jenner, así que por su insistencia la vacuna llegó a la capital de Chihuahua el 21 de mayo de 1804. De ahí salieron un médico y un grupo de niños con el fluido vacuno en dirección a Nuevo México.

Balmis llegó hasta San Luis Potosí, regresó a la capital del Virreinato y salió por Acapulco el 7 de febrero de 1805 rumbo a Filipinas para proseguir con su tarea. El viaje de regreso fue impresionante pues en conjunto le dio la vuelta al mundo ahora en su ruta Filipinas-Macao-Portugal. A su regreso a Madrid en 1806, Balmis fue recibido por el Rey con todos los honores que por cierto parece que le duraron poco. En 1809 regresó a la Nueva España y fue testigo de los rumores de independencia, incitados, sobre todo, por la ocupación de la Península Ibérica por el ejército de Napoleón, y al año siguiente participó como médico en Xalapa en un improvisado hospital donde atendió heridos de guerra. Regresó nuevamente a Madrid donde murió el 12 de febrero de 1819.

Poco se sabe del destino de los niños, tanto de los que salieron en el María Pita como los reclutados en el camino. De los primeros, hay alguna noticia de uno de ellos que cuando supo que Balmis había regresado en 1809 fue a saludarlo y dio noticias de algunos otros. Los Arcángeles del Nuevo Mundo habían crecido y se habían desperdigado por los caminos de México.

*Docente-investigador de la UACJ.

Sobre las fuentes: para más información sobre la expedición es recomendable consultar la página de internet dedicada a Balmis con motivo del bicentenario: [www. Balmis.org](http://www.Balmis.org); además de los libros como el de Emilio Balaguer Periguel, *En el nombre de los niños: la expedición filantrópica de la vacuna (1803-1806)* también localizable en Internet. Para los detalles del viaje en la Nueva España, Francisco Fernández del Castilllo es autor de *Los viajes de Balmis*, una verdadera joya de anticuario. Para el Norte, es imprescindible el libro de Chantal Cramaussel y David Carbajal López (eds.), *El impacto demográfico de la viruela en México de la época colonial al siglo XX, vol. III: Estudios de larga duración*. Recientemente Almudena de Arteaga publicó una novela histórica, *Los ángeles custodios*, con los niños, Isabel Sendales y Balmis como personajes. Además, en las revistas médicas especializadas puede encontrarse una buena cantidad de artículos sobre los experimentos del médico (y botánico) alicantino, del que por cierto una pequeña calle en el centro de la ciudad de México lleva su nombre.